

Y con mucha emoción añadió:

—Tiene V. razón. Después de todo, es mejor hablar.

—¿Qué hay de verdad en lo que se cuenta?

—En todos estos cuentos hay mucha fantasía y mucha verdad. Pero lo que importa antes que todo destruir es la historia que me rodea, y en la cual se dice que he recibido muchos millones *para que callase*, y lo que es más repugnante aún, que he arruinado á mis hijos dilapidando una fortuna. Durante algunos años, estas calumnias subían por la sombra; ahora empiezan á ver el sol. Es tiempo ya que se haga la luz.

Hace cerca de dos años, las personas que tenían interés en evitar un escándalo lo han buscado con una tenacidad y un encarnizamiento que dejan ver claramente los móviles que les hacen obrar y el fin que persiguen.

Les parece que vivimos aun mucho, yo y mis hijos, aquellos que abusando de mi locura, de mi profunda pena, de mi sed de conciliación, de olvido y de silencio, me hicieron firmar un acta de donación que constituye la pequeña fortuna de mis hijos. Se nos quiere empobrecer más aun. Como si la situación que nos hemos visto obligados á aceptar no fuese suficientemente modesta!

—Y ¿por qué firmó V. una acta parecida?

—Esta acta es una vergüenza para todos, hasta para mí, porque, en mi debilidad, yo impuse á estos pequeños seres la obligación de entrar en la vida por medio de una bajeza, si querían un día hacer valer sus derechos sobre esta fortuna. Pero yo lo firmé porque la persona que llegó á mi como enemigo; sabiendo mi conducta que él mismo había podido apseciar, me juró solemnemente, que se comprometía asegurar, en un porvenir no lejano, la situación moral de mis hijos, dándoles el apoyo que les faltase, constituyéndoles un estado civil digno de ellos. Delante de estas consideraciones de un orden mucho más elevado que la cuestión de dinero, sacrifiqué este, creyendo obrar en interés de mis niños. Me he engañado. Si hubiese manifestado las exigencias á las cuales teníamos derecho, habría sido probablemente más respetada.

—¿Y la promesa no ha sido cumplida?

—No. El hombre digno que me la hizo, el mismo que me llevó el acta y la firmó conmigo, murió sin haber tenido tiempo de cumplir su palabra. Su sucesor no ha tenido los mismos sentimientos. De este instante, data la lucha dirigida contra mi, esta lucha que he sufrido largo tiempo, oculta en la sombra, y que quiero hoy entablar en plena luz.

—Esto me obliga á preguntar á V. si es verdad que renunció la renta otorgada á sus hijos de V.?

—Sí, tengo intención de renunciar á esta renta, que no me ha valido más que amarguras y humillaciones, por la cual mis sentimientos más íntimos han sido triturados á cada instante. Renunciaré á ella en favor de los pobres de mi país, porque deseo que este dinero seque tantas lágrimas como me ha hecho derramar. Tal es mi intención. Ignoro si mi voluntad será respetada.

—¿No cree V. que sus hijos le echen en cara algún día el haberles despojado en un momento de locura?